

## NUMERO XLI.

Declaracion de la venerable Ana de San Bartolomé, acerca de la muerte de  
*Santa Teresa.*

Estándola yo teniendo en mis brazos, con esta ánsia de su vida, vino sobre ella una luz y majestad tan grande, que me divertí á mirarla, y dijéronme que venian por su alma, que si yo quería que se quedase.—Yo dije que no, aunque lo sentia...  
Espiró toda llena de gloria.

## NUMERO XLII.

Muerte de *Santa Teresa.*

1. El señor Yepes describela en estos términos:
2. «Pidió el Sacramento de la Extremauncion con que el alma se acaba de fortalecer y dar un baño en la sangre del Cordero, para con más libertad juntarse con Él y gozarle enteramente. Recibió este Sacramento con gran reverencia, á las nueve de la noche, el mismo dia que era vispera de San Francisco; miéntras le ungian su cuerpo en la forma que la iglesia tiene de costumbre, ella ayudaba á decir los Salmos, y respondia á las oraciones y preces, que allí se dicen.
3. En recibiendo este beneficio (que es lo muy grande para aquella hora), volvió á dar gracias de nuevo á nuestro Señor, porque la habia hecho hija de la Iglesia, casi con las mismas palabras y gozo que ántes: llegóse entónces el padre vicaris provincial, y preguntóle, que si Dios la llevaba de esta enfermedad, si gustaria llevasen su cuerpo á Avila, ó se quedase en Alba. A esto respondió como que le daba pesadumbre aquella pregunta, y dijo: «¿Tengo yo de tener cosa propia? ¿Aquí no me darán un poco de tierra?» Mostrando entónces

la que siempre habia sido maestra de la pobreza: cuán desapropiada y desasida estaba de todo en aquella hora.

4. Cási lo mismo dice el señor Yepes acerca de su agonía, añadiendo:

5. En toda aquella noche padeció grandes dolores, repitiendo de cuando en cuando sus versos acostumbrados; y á las siete de la mañana del dia siguiente (que fué á los 4 de Octubre) se echó de un lado á la manera que pintan á la Magdalena, con un crucifijo en la mano (que tuvo siempre en la mano, hasta que le quitaron para enterrarla), el rostro encendido, con grandísimo sosiego y quietud se quedó absorta toda en Dios, y enajenada con la novedad de lo que se le comenzaba á descubrir, y alegre con la posesion, que casi comenzaba ya á gozar, de lo que tenía deseado. Estuvo de esta manera sin mover pié ni mano por espacio de catorce horas, que fué hasta las nueve de la noche de aquel mismo dia.»

## NUMERO XLIII.

Al padre fray Luis de Leon, catedrático de Sagrada Escritura, en Salamanca (1).

JESÚS MARÍA.

1. Estando yo en San Jerónimo de Madrid y vuestra paternidad en su monasterio de San Felipe, habiendo comunicado cosas de la santa madre *Teresa de Jesús*, al tiempo que el Consejo Real encomendó á vuestra paternidad examinase el libro, que ella dejó escrito de su *Vida*, pareciéndole que algunas que yo le referia eran notables y que no estaban en él, me

(1) Esta carta es sumamente interesante, tanto por el sujeto que la escribe, como por ser dirigida á fray Luis de Leon, cuando iba á encargarse de la revision de las obras de Santa Teresa. Escribióla sin duda el señor Yepes, ántes de dar á luz la *Vida* que escribió de Santa Teresa. Esta carta del señor Yepes es muy poco conocida. Se copió de un tomo de manuscritos que existe en la Biblioteca Nacional, titulado: *Cajon de nuestra Santa Madre*, núm. 16, pág. 295.

mandó se las enviase por escrito, para que, si pareciese convenir, se pusiesen en sus propios lugares, en la historia que de su vida y obras se trataba de imprimir. Yo holgué infinito de ver puesto ese tesoro al exámen de vuestra paternidad, de quien presumo que, entre los que le podían mirar, sabrá penetrar sus riquezas, calificarlas y autorizarlas de manera, que los hijos y amigos, que la tratamos, quedemos muy alegres y satisfechos, y los que no la conocieron le sean aficionados, y se duelan de no haberla conocido.

2. Yo tengo por singular merced de nuestro Señor, y medio muy eficaz de mi salvacion, el haberla tratado; porque siempre que della me acuerdo, ó veo las paredes de sus monasterios, se renueva en mí el deseo de mejorar mis costumbres, y así fué como milagro el motivo que tuve para conocerla. Y segun esto, me parece que puedo dar á vuestra paternidad el parabien de haberle ofrecido el Consejo esta ocasion tan excelente, para emplearse en el servicio de la santa Madre, que sabrá pagar muy bien el trabajo, porque fué la más agradecida mujer del mundo.

3. No pude corresponder á este mandamiento, á mí muy agradable, miéntras estuve en aquella córte, por ser tan ocupado el oficio de prior, y aunque la ocupacion que ahora traigo, visitando mi Orden, no es menor, en fin, me he determinado de ocuparme en esto, los ratos que me quedan para descanso, porque lo es para mí su memoria.

4. Revolviendo ahora las cosas que con ella pasé, y otras que yo me entendí, quedo con tanta confusion de mi tibieza, que yo no sé cómo me atreva á contarlas acordándome de lo mucho que fió de mí, y lo poco que dello me aproveché. Comunicéla muchos años, escribíome muchas cartas de gran edificacion, díjome de propósito algunas mercedes que Dios le hizo (porque pensaba aprovecharme en esto), y otras que con descuido se le caian de las manos, y yo las cogia, con mucha advertencia. Díóla Dios tanta luz, que, segun lo que della experimenté, presumo que conocía los pensamientos y las cosas que estaban por venir.

5. Y pues esta relacion es para gloria de nuestro Señor, y testimonio de lo que obra en sus santos, quiero comenzar por mí, aunque sea con vergüenza. Como yo la comunicase mu-

chas veces, y otras la escribiese, experimenté con gran certidumbre que entendia mi disposicion interior, porque tales eran sus palabras y respuestas, cual yo me sentia acá dentro; si me sentia recogido, sus pláticas y cartas eran muy largas, todas llenas de afectos de oracion y perfeccion; si me hallaba distraido, con una gravedad de palabras me respondia que, sin saber cómo, me hacía volver sobre mí; de suerte, que cuando la iba á hablar ó recibia alguna carta suya, ántes que la hablase ni viese su letra, sabia cómo habia de responder; porque de mi disposicion adivinaba el estilo y modo de sus respuestas, y así, la dije una vez: «Madre, miedo tengo de hablar con vuestra reverencia, porque pienso que entiende mi interior; y así, cuando la vengo á ver, me querría confesar como para decir misa, porque no me aborrezca viéndome cuál soy.»

6. Ella se sonrió, de manera que yo quedé más confirmado en mi opinion; porque ni osaba negarlo por no mentir, ni afirmarlo por no escandalizar.

7. Acabando de ser prior de Zamora, enviéronme á morar de la Rioja, y pasando por Osma supe del señor obispo, don Juan de Velazquez, que estaba esta santa Madre en una fundacion en Soria, y que habia de venir presto allí: yo la esperé, y llegando á las ocho de la noche, fui á recibirla á la puerta, y al bajar del carro saludéla; y preguntándome quién era, y diciendo que fray Diego de Yepes, ella calló; yo me encogí temiendo si me tenía olvidado, ó no le era agradable mi presencia.

8. Estando despues á solas la pregunté, qué habia sido aquel silencio, cuando le dije quién era; ella me respondió: «Turbéme un poco, porque se me presentaron dos cosas: que debeis de ir penitenciado de vuestra Orden; y si quisiere nuestro Señor pagarme el trabajo de esta fundacion, con toparos aquí: yo me consolé con este favor.»

9. Yo la dije, que lo primero era verdad, mas que lo segundo, no querría Dios que lo fuese. Dijo el tiempo que me habia de durar la penitencia; y díjome disimuladamente, que me corriese cuando se me acabase, que bien mostraba no estar bien determinado, pues hacía caso de tan pocas cosas. Y así se cumplió, como ella lo dijo á Ana de San Bartolomé, su compañera, señalando el tiempo de la penitencia.

10. Cuando por los años de 75 y de 76 estuvo su Orden en tan grande aprieto, que Gregorio XIII envió un legado muy sábio y prudente para deshacerla, y reducir los Descalzos á regla mitigada del Cármen, ayudando con muchas fuerzas un comisario, que habia enviado el general para este efecto, recibió en Toledo una carta del padre fray Jerónimo Gracian, la cual llevó el padre Mariano: la carta venia tan desconfiada, y el padre Mariano tan desesperado, que yo me hallé presente, perdí cási la esperanza del estado firme de sus monasterios: y no fui yo solo de esta opinion, sinó otros muchos, que trataban de estos negocios; y cierto era vehemente ocasion para desconfiar del todo, porque los frailes eran cuatro ó cinco, y esos pobres, conocidos de pocos, desfavorecidos de muchos, y sin arrimo ni autoridad.

11. Las monjas, aunque eran más, no podian aprovechar sinó de encomendarlo á Dios. La santa Madre fundadora, arrinconada y maltratada de palabras que della decian los padres del Cármen y el mismo nuncio; que con la poca satisfaccion que della tenia, y las siniestras informaciones de sus contrarios, la mandó que no saliese de su monasterio: llamábala fémica inquieta y andariega, y que por holgarse andaba en devaneos, so color de religion.

12. A los pocos frailes que eran les levantaron mil testimonios, poniéndoles faltas en la doctrina y en la honestidad. De la santa Madre dijeron lo último que de una mujer se puede decir. Los contrarios eran muchos y fuertes y atrevidos, con libertad y con poder, y con autoridad apostólica de su parte. Oyendo ella, pues, estas cosas, recogióse un poco en sí misma, dejando de hablar con nosotros, que de industria la dejamos, entendiendo que lo habia con Dios. Y prosiguiendo nosotros nuestra plática, salió á deshora, y dijo: «Ahora sus trabajos pasarémos, pero ello no volverá atrás.»

13. Yo no sé la respuesta que allí la dieron, pero desde aquel punto tuve por tan seguro el negocio, que aunque más cosas oia ninguna pena me daban; porque tuve ésta por profecía, y aunque ella habia fundado esta Orden con mucho fundamento, y con grandes prendas de nuestro Señor, allí debió de tener alguna mayor luz, que la aseguró en el mayor aprieto.

14. Tuvo tambien grandísima luz para conocer y distinguir espíritus, y desengañar almas, que so color de espirituales iban erradas, y para conocer las que convenian á sus monasterios, y porque todo esto consta de sus tratados y de la experiencia que sus monjas tuvieron, no diré más de una sola cosa, que entre muchas le aconteció.

15. Una doncella de Toledo, que yo conocí, muy amiga de andar estaciones y de oír sermones, y escribirlos como los oia, quiso ser monja en su monasterio de Toledo, y contentándose la santa Madre de su salud, y buena inclinacion y entendimiento (que cierto le tenia bueno, aunque despuntaba), determinó de recibirla; y concertado el dote y la entrada y todas las cosas necesarias, la tarde ántes del dia que habia de tomar el hábito, estuvo en la red con ella, y despidiéndose para irse, y puestas en pié, dijo la doncella:—«Madre, tambien traeré una *Biblia* que tengo.» Ella sin más pensar, la dijo:—«¡*Biblia*, hija! no vengais acá, que somos mujeres ignorantes, y no tratamos más de hacer lo que nos mandan, que ni queremos á vos ni á vuestra *Biblia*.»

16. Entendió la santa Madre por esta palabra, que aquella doncella no le cumplia, porque debia de ser curiosa, vicio muy reprehensible entre sus monjas, y de quien deben huir todos los que siguen aquella vida, y desean la perfeccion. Sucedió que aquella doncella se llegó á unas beatas locas, que, engañadas del diablo y sin autoridad de prelado, sinó por sólo su cascalillo, quisieron instituir una religion, procedieron en esto tan sin órden, que la Inquisicion de Toledo las prendió, y las sacaron el auto el año de 79, y las castigaron con harta misericordia: en fin, ella entendié su curiosidad, y el peligro que tienen las mujeres que dan en este vicio; porque directamente es contrario á la humildad, fundamento de toda virtud.

17. Y para que vuestra paternidad vea cuán amiga era de las voluntades y entendimientos rendidos, diré una cosa que me pasó con ella. Una señora principal de estos reinos, mujer de buena edad, con mucha hacienda y vasallos, trató conmigo de ser monja suya, y pidióme que yo lo negociase con la santa Madre, y diese órden cómo se pudiesen ver; yo le escribí el negocio, encareciéndole mucho la calidad de la persona y su buen entendimiento y deseos de servir á nuestro Se-

ñor, pareciéndome que la servía mucho en encaminarle tan buen sujeto.

18. Ella me respondió, que me agradecía el cuidado y voluntad que tenía de aprovechar á su Orden, y en procurarle todo bien; pero que en otra cosa la hiciese merced, y no en llevarle señoras, que como están avezadas á hacer siempre su voluntad, no sirven sinó de estragar los monasterios donde entran. La señora que dijo es santa; pero no sé qué se coligió la santa Madre de su embajada, que al fin no se satisfizo de su humildad; porque á otras señoras rogó ella que tomasen su hábito, y por voluntad suya le tienen dos hijas del conde de Aguilar, que se salieron de las Huelgas de Búrgos, y se pasaron animosamente al monasterio de esta Orden, que allí está, y estas y otras que ella recibió son espejo de humildad y virtud.

19. El celo que esta santa Madre tuvo de la salud de estas almas, bien consta en el libro de su *Vida* y el de sus *Fundaciones*, pues de sólo oír los estragos que los herejes hacían en los monasterios de Alemania é Inglaterra, le hirió de tal manera el corazón, que le quedó perpétuo dolor en él; y este fué el primero y principal motivo que tuvo para fundar estos monasterios, reparar con ellos algunos de los daños que los herejes hacían en aquellas partes.

20. De esta caridad suya hay infinitos testimonios; pero yo tengo una buena prueba, porque siendo yo ruin y ella tan recatada en el contar las mercedes que Dios la hacía (que si no era con necesidad para no ser engañada, mil años tratara con una persona sin que se entendiera que era más que las otras mujeres comunes, salvo en lo que tocaba al ejemplo de su virtud, porque en estos todos lo echaban de ver); con todo este recato tuvo por bien de comunicarme una muy grande merced de nuestro Señor, que aunque en el libro de su *Vida* y el de *Las Moradas* la significa, en ninguna está tan especificada como á mí me la comunicó, y es para mí muy grande encarecimiento de su caridad haber querido ir en esto contra su costumbre, por aprovecharme en algo, y fué que, pasando yo de camino de Medina del Campo para Zamora, acertó ella á ir de Medina á Avila, con tres monjas, y quiso Dios que llegó á posar al mismo meson donde yo estaba: dile

mi aposento, que era el mejor que habia en la posada, y fui su portero, porque ellas estuviesen con mayor libertad en su recogimiento, y despues que hubieron tenido sus horas de oracion, pasamos muy gran parte de la noche en pláticas del cielo.

21. Concertóse que á la mañana las dijese misa y las comulgase en San Francisco; y amaneció aquel dia tanta nieve, que no pudimos partirnos los unos ni los otros. Oyeron misa y comulgaron, como estaba concertado; y vueltas á la posada pasaron todo aquel dia con el recogimiento que en sus monasterios. Dióme licencia á la tarde para que la entrase á hablar; vídome con algun deseo y necesidad de reformacion, y estuvo conmigo tan liberal, que me dijo cosas tan admirables, que me parecía que me hablaba un ángel. La más llana, y la que me atrevo á referir, es la que sigue.

22. Habia deseado esta santa Madre ver la hermosura de un alma que está en gracia, cosa harto de codicia para verla y poseerla: estando en este deseo le mandaron escribir un Tratado de oracion, la cual tenía ella muy bien sabida por experiencia. Víspera de la Santísima Trinidad; pensando qué motivo tomaria para este Tratado, Dios, que dispone las cosas en sus oportunidades, cumplióle este su deseo, y dióle el motivo para el libro. Mostróle un globo hermosísimo de cristal, á manera de castillo, con siete moradas, y en la séptima, que estaba en el centro, el Rey de la gloria con grandísimo resplandor, que ilustraba y hermoseaba aquellas moradas hasta la cerca; y tanto más luz participaban cuanto más se acercaban al centro; no pasaba esta luz de la cerca, y fuera de ella todo era tinieblas é inmundicias, sapos y víboras y otros animales ponzoñosos.

23. Estando ella admirada de esta hermosura, que con la gracia de Dios mora en las almas, súbitamente desapareció la luz, y sin ausentarse el Rey de la gloria de aquella morada, el cristal (1) se puso y cubrió de oscuridad, y quedó feo como carbon y con un hedor insufrible; y las cosas ponzoñosas, que estaban fuera de la cerca, con licencia de entrar en el castillo.

(1) Es muy chocante el modo con que esta palabra está escrita en el original, que es la cifra del nombre de Cristo, pues dice *Xpistal*.

Esta vision quisiera esta santa Madre que vieran todos los hombres, porque le parecía que ninguno de los mortales que viese aquella hermosura y resplandor de la gracia, que se pierde por el pecado, y se muda súbitamente en estado de tanta fealdad y miseria, sería posible atreverse á ofender á Dios.

24. Esta vision me dijo aquel dia; y estuvo en esto y en otras cosas tan liberal, que ella misma lo echó de ver, y me dijo á la mañana: «*¡Cómo me descuidé anoche con vos: no sé cómo ha sido! Estos mis deseos y amor que os tengo me han hecho salir de medida; plega á Dios que me hayan aprovechado.*» Yo le prometí de no decirlo miéntras ella viviese; mas, despues que murió, no querría dejar hombre á quien no lo publicase. De esta vision sacó ella cuatro cosas de harta importancia.

25. La primera, entendió allí esta proposicion por estos términos, sin jamás haberla oido en toda su vida: Cómo Dios está en todas las cosas, por esencia, presencia y potencia; y como ella era tan humilde y tan sujeta y obediente á la doctrina de la Iglesia, y á los letrados y ministros de Dios, nunca jamás se satisfizo de revelacion que tuviese si por sus perlados y doctores no fuese aprobada, y hallase que era conforme á la Sagrada Escritura; y en tanta manera era esto, que decia, que si todos los ángeles del cielo le decian uno, y sus prelados otro; aunque supiera que eran ángeles, no haría sino los que sus perlados la mandasen, porque esto era la fe, y que no puede engañar, y lo otro podria ser ilusion.

26. Con este respeto á la obediencia, me preguntó un dia en Toledo (debía ser cuando ella vió este castillo) si era verdad que Dios estaba en las cosas por potencia, presencia y esencia; y yo le dije que sí; y declarándosele como pude por autoridad de San Pablo, en especial le dije aquella, «no tienen proporcion los trabajos de esta vida respecto de la gloria que se descubrirá en nosotros»; haciendo fuerza en aquella palabra, descubrirá en nosotros, recibió tanto contento, que yo me admiré; y aunque por una parte me parecía curiosidad, por otra quedé con sospecha que había en esto algun misterio, porque dijo: «Eso mismo es.»

27. La segunda, quedó con grande admiracion que sea tanta la malicia del pecado, que con no ausentarse Dios del

alma, sinó quedándose en nosotros con aquellas presencias, pueda impedir que no se comunique al alma un tan gran poder y resplandor.

28. La tercera, quedó de allí tan humillada y enseñada, que desde aquel punto nunca se acordó de sí, en cosa buena que hiciese; porque como vido que toda la hermosura procede de aquel resplandor, y todas las fuerzas del alma y del cuerpo son vivificadas y esforzadas de aquel poder, que está en su centro, y que de allí mana todo nuestro bien, y la poca parte que tenemos en todas nuestras buenas obras; todo el bien que desde aquel punto hacía lo refería á Dios como á autor y movedor principal.

29. Quedó asimismo con tanta libertad y señorío, que se holgaba que la alabasen sus escritos, y que se estimase mucho su Orden y monasterios. Hablando yo una vez con ella acerca del libro que intitula *Camino de perfeccion*, holgóse mucho que se le alabase; y díjome con mucho contento: «Algunos hombres graves me dicen que parece Sagrada Escritura»; que como era doctrina revelada, pareciale que alabar su libro era alabar á Dios.

30. La cuarta, tomó de aquí motivo para escribir el libro de Oracion que la mandaron, porque entendió por aquellas siete moradas del castillo, siete grados de oracion, por los cuales entramos dentro de nosotros mismos y nos vamos allegando á Dios. De manera, que cuando llegamos al hondo de nuestra alma y perfecto conocimiento de nosotros mismos, entónces llegamos al centro del castillo y séptima morada, donde está Dios, y nos unimos con Él por union perfecta, cual en esta vida se puede tener, participando de su luz y amor.

31. No quiero decir más de esta vision y moradas, porque ya vuestra paternidad habrá visto el libro admirable, que desto escribió, y con cuánto primor y majestad de doctrina y claridad de ejemplos lleva á un alma, desde las puertas de sí misma hasta este divino centro. Bien claro se ve en este Tratado la comunicacion que tuvo con Nuestro Señor, y cómo tuvo por bien Su Majestad de meterla en este centro y unirla consigo mismo con un vínculo, como ella dice, matrimonial y de yugo inseparable.

32. «Preguntándole yo, con la licencia que tenía de hijo,